EMILIO ZABALLOS y JOSÉ BERMÚDEZ

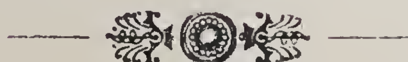
LA OLA NEGRA

ZARZUELA

EN UN ACTO Y UN SOLO CUADRO, EN PROSA Y VERSO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

MARQUINA y CÓRDOBA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

3

LA OLA NEGRA

LA OLA NEGRA

ZARZUELA

EN UN ACTO Y UN SOLO CUADRO, EN PROSA Y VERSO

libro de

EMILIO ZABALLOS y JOSÉ BERMÚDEZ

música de los maestros

MARQUINA y CÓRDOBA

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO BARBIERI de Madrid, el día 2 de Abril de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP

Teléfono número 551

1909

Al notable y popular actor, excelente Director y entrañable amigo D. Vicente Carrasco.

Querido Vicente: Gracias á tu talento, que no pretendemos haber «descubierto» ahora, se hizo la obra pronto y se hizo bien... ¡más que bien!... ¡Como los propios ángeles pudieran haberla hecho! Sería ingratitud notoria que tu nombre dejara de figurar en esta página de honor, y como no quieren ser ingratos, lo consignan así para tu satisfacción, acompañando la dedicatoria con un apretado abrazo de verdadero cariño, tus amigos,

Los Autores. (1)

---

(1) *Te rogamos hagas extensiva nuestra gratitud á todos, absolutamente á todos los intérpretes de la obra; especialmente á la Srta. Ascensión Méndez, emperatriz de las tiples, reina de las actrices líricas y soberana de las mujeres soberanamente hermosas.*

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMELITA (criada de D. Roberto)....	SRTA. MÉNDEZ.
DOÑA ROBUSTIANA (60 años, ama de D. Roberto)......................	SRA. DELGADO.
TÍO RAMÓN (60 años)...............	SR. CARRASCO.
ROQUERO (35 íd., marinero)..........	CORBELLE.
DON ROBERTO (60 íd., cura párroco)..	MATA.
DON NICOLÁS (45 íd., capitán de la marina mercante)...................	VILLA.
LEÓN (sacristán) (1)..................	ASENSIO.
NICOLASITO (seminarista)...........	FISCHER.

Coro de pescadoras y pescadores

La escena en un pueblo de la costa del Cantábrico.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

Nota. En obsequio á los autores, cantó la barcarola el barítono Sr. Villa, y se ruega á los directores que pongan esta obra en escena, cante el número citado el barítono de la compañía.

(1) Este personaje vestirá de sotana y pronunciará los latines como están escritos.

ACTO UNICO

La escena representa el jardín de la casa parroquial; al foro una verja con puerta de entrada en el centro, á la izquierda primer término, otra puerta á la que da acceso una gradilla de tres ó cuatro escalones, algunas sillas, mecedoras, etc , colocadas sin orden. Al foro se ve la playa y una gran extensión de mar. Es de día. Al levantarse el telón aparece Carmelita con unos zorros y un plumero, limpiando los muebles que hay en el jardín, en último término izquierda, el Tío Ramón en mangas de camisa, trabaja la tierra con un azadón. Carmelita está muy triste.

ESCENA PRIMERA

CARMELITA y TÍO RAMÓN

Música

CAR. (Triste.)
Por más que en el trabajo
busco consuelo,
las penas que me siguen
dejar no puedo.

—

¡Pobre alma mía!
¿dónde hallaré un remedio
para tu herida?
(Sacudiendo nerviosa.)

—

¡Sacude, sacude,
dale, dale, dale,
sacudiendo fuerte,
todo el polvo sale!
Toda la mañana
dale que le das,
y á los diez minutos
se vuelve á ensuciar.

—

RAM. Desde que el sol nos viste
de claro el cielo,
con mi azadón la tierra
labro y golpeo.

—

La noche ansía
el más ferviente anhelo
del alma mía.

—

Siga la faena
ande, ande, ande,
no te pille el amo
mientras que descanses.
Pa que coma el rico
tiene que regar
el sudor del pobre
la tierra y el mar.

—

LOS DOS Qué triste es el destino
de aquel que nace,
para que otros disfruten
lo que él trabaje.

—

Maldito sea
todo el que nace pobre
y en pobre queda.

—

RAMÓN

Siga la faena
ande, ande, ande,
etc.

CARMELITA

Sacude, sacude,
dale, dale, dale,
etc.

Hablado

RAM. (Deja de trabajar y se pone á liar un cigarro.) ¡Recontra, y qué dura está la condená tierra!... ¡Misté que tenerla que trabajar tanto pa que dé algo! ¡Y luego dicen que tó está bien arreglao en esta vida!

CAR. ¡Pobre tierra, tío Ramón! ¡Cuántas cosechas habrá dado ya para que los hombres se las coman, desde que el mundo es mundo! (Sigue sacudiendo.)

RAM. ¿Y cuántos hombres no se habrá comío ella pa dar toas esas cosechas? Es verdá que tó sale de aquí; (Dando con el azadón en el suelo.) pero también es verdad que tós venemos á parar aquí.

CAR. (Dejando de limpiar.) ¡Sí que se pinta usté sólo para alegrar á cualquiera!

RAM. Tiés razón, chiquilla. Hay mañanas en que me levanto filósofo. ¡Claro! ¡Como toas las noches me acuesto casi filósofo! Pero tú dale fuerte á los zorros, hija; con el ejercicio se ahuyenta el polvo... y se espantan las penas.

CAR. ¡Las alegrías son humo y se van con un soplo; las penas son de plomo y no se espantan así como así, tío Ramón!

RAM. Pero.. ¿tú tiés penas, muchacha, con una cara como un sol y con veinte años como veinte soles?

CAR. También entra el gusano en los arbustos recien plantaos.

RAM. Mira, mira: Un pequeño sufrimiento en una presona, pué ser un gran sufrimiento en otra presona. Como yo no he tenío estudios, no sé explicarme bien; pero yo me entiendo. A una creatura se le rompe un muñeco, y se cree de buena fe que aquel es el dolor más grande que hay en la vida. Una rapaza está de monos con el novio, y sería capaz de matarse, si la dejaran. ¡También se figura que aquel es el desgusto mayor que la espera! (Transición.) ¿Te has fijao en el arroyuelo que

cruza el prao? ¿Has visto qué poca agua lleva?

CAR. (Distraída.) Sí; muy poca.

RAM. ¡Pues fíjate ahora en la inmensidad de agua que tié el mar. (Señalándosela.)

CAR. ¿Qué quiere usté decir?

RAM. Ná; que las cuatro gotas del arroyuelo, son toa la alegría que hay en el mundo, y esas llanuras y esas montañas de agua, son las penas que también hay en el mundo. ¡Arrepara tú qué proporción entre unas y otras! Pa cruzar el arroyo, se cruza de un salto; pa cruzar el mar... hay que echar bota y merienda.

CAR. (Afligida.) ¡Déjeme usté, tío Ramón! ¡Me va usté á hacer llorar!

RAM. ¿Llorar tú? Alguna falda de volante rizao que has visto, y no te la pués mercar. ¡Lágrimas que salen de entre cuero y carne!

CAR. No, señor; lágrimas que salen del fondo de mi alma.

RAM. ¡Carmelita!

CAR. (Llorando.) ¡Soy muy desgraciada!

RAM. ¡Pues sí que parece que llora de veras! ¿Es algo más que una falda? ¿Es el vestío completo?

CAR. ¡Me muero, señor Ramón, me muero! ¡Y si no me muero, me mato! (Sigue sacudiendo.)

RAM. ¡Caracoles! ¡Lo ice de veras! ¡Diablo de chica! (Coge á Carmelita de un brazo y la trae hacia sí.) Deja, deja de sacudir las sillas y sacude del corazón esa carcoma que te roe: ¡corre más priesa! ¡Ven, ven aquí, tontuela! (En tono cariñoso.) ¡No llores más! ¿Qué tienes? ¡Vamos, dí! ¿Qué tienes? Dímelo, ó me enfado. Si tu dolor tié consuelo, la experencia y los años me han enseñao una porción de melecinas que puén consolate. Si tus pesares no tién remedio, aun quedan en mis ojos unas cuantas lágrimas, tan viejas como yo, que no dudarán en salir pa reunirse con las tuyas. ¡Anda! dímelo: ¿qué tienes?

CAR. Si me decidiese á contarlo, sería muy largo de contar, señor Ramón.

RAM. ¡Anda, boba! (Con mimo.) que ni tus zorros ni mi azadón nos dirán na porque los dejemos descansar un poco. La cosa... ¿es custión de amores?

CAR. ¡Ay, Dios mío!

RAM. ¿Conque sí, eh? ¡Y yo que no sabía que tuviás novio!

CAR. (Asustada. Indicándole que calle.) ¡Por favor, tío Ramón!

RAM. ¡No hay naide! Y aunque hubiera... ¿Es pecao que una paloma como tú busque palomo y piense en formar un nido?

CAR. ¡Si lo supiese el amo!

RAM. ¿No tié que saberlo, y él antes que otros, puesto que como cura párroco que es del pueblo tendrá que echarsus las bendiciones si sus llegais á casar?

CAR. (Con terror.) Si el señor cura lo supiese... ¡pobre de mí!

RAM. Tú no estás en tu juicio: ¿quién es él?

CAR. (Llorando.) ¡Ay, Dios mío!

RAM. ¡Pos, chica! ¡Ni que te hubieses enamorao del propio señor cura!

CAR. (Reconviniéndole.) ¡Tío Ramón!

RAM. Fué una broma. (Pausa breve.) ¿Es joven?

CAR. Sí.

RAM. ¿Es soltero?

CAR. (Protestando de la pregunta.) ¡Sí!

RAM. ¿Te quiere?

CAR. Creo que sí.

RAM. Y tú, ¿le quieres á él?

CAR. ¿Que si le quiero? ¡¡Demasiado!! (Llora.)

RAM. (Con mucha seriedad y asiéndola de una mano.) ¡Cómo demasiado! ¿Qué quiere decir demasiado? Contesta, Carmelita. ¿Bajas los ojos? ¿Te pones encarná? ¿Tiemblas? ¿Será verdá que tiés motivos pa llorar de veras? (Con amargura.) ¡Probe Carmelita!

ROB. (Dentro.) ¡Carmelita!

CAR. (Triste. Desde lo alto de la gradilla, al hacer mutis.) ¡Verdad, tío Ramón! ¡Probe Carmelita! (Vase por la puerta izquierda. El tío Ramón, después de contemplar tristemente á Carmelita, coge una espuerta de tierra y vase por segundo término izquierda, á tiem-

po que aparece por foro derecha León seguido del Coro de pescadoras, que le empujan y zarandean, estimulándole para que hable.)

ESCENA II

LEON. CORO DE PESCADORAS

Música

LEÓN
Si no guardais silencio,
si no os quereis callar,
ni vuelvo á abrir la boca
ni vuelvo á rechistar.

—

CORO
Mira qué calladitas
todas estamos;
mira qué prudentitas
nos tienes ya.
Pero, ¡por Dios! no calles,
que ya nos duele
el corazón á todas
con la ansiedad.

—

LEÓN ¡Callad! ¡Callad!
CORO ¡Empieza ya!
LEÓN ¡Callad, callad!
CORO ¡Empieza ya!

—

LEÓN
Un pajarito
muy rebonito,
que ni es jilguero
ni verderón,
en la sotana
muy de mañana
ayer domingo
se me posó.

—

Muy decidido
llegó á mi oído,

habilidoso
su pico abrió,
y entre gorjeos
y dulces trinos,
estas palabras
me pronunció.

CORO
Un pajarito
muy rebonito
que ni es jilguero
ni verderón,
en la sotana
muy de mañana
ayer domingo
se le posó.

—

Muy decidido
llegó á su oído,
habilidoso
su pico abrió,
y entre gorgeos
y dulces trinos...
¡A ver las frases
que pronunció!

—

LEÓN
Dicen las malas lenguas que cierta noche
cruzaba estos jardines cierto doncel,
y escalando los muros de esa fachada
entraba en cierto cuarto que yo me sé.
Dicen que cuando Febo por el Oriente
su rubia cabellera alzando fué,
una mujer llorando quedó allá arriba...
¡Las sombras de la noche saben por qué!

CORO
¿Y ella quién es?
¿Y ella quién es?

LEÓN
De deciros ciertas cosas...
(Santiguándose.) ¡Liberanos Dominé!

—

Dicen que la muchacha (porque ella es joven)
le pide ahora que cumpla jurada fe;
y dicen que el Tenorio se llama andana
y esquiva el compromiso su vil doblez

Dicen que ella se encuentra... ¡Jesús qué [miedo!
Dicen que ella ha quedado... ¡Ya me en- [tendeis!
¡Dios quiera que en estado tan peligroso,
sin ser como Dios manda, no os encontreis!

CORO ¿Y cómo fué?
¿Y cómo fué?

LEÓN De explicaros ciertas cosas...
(Santiguándose.) ¡Liberanos Dominé!

—

Ahora guardad silencio,
si es que os podeis callar,
no salga el señor Cura
y se llegue á enterar.

CORO (Haciendo mutis pausadamente.)
Mira con qué silencio
todas nos vamos.
Mira qué satisfechas
estamos ya.
Pero, ¡por Dios! no calles
los nombres propios
que la ansiedad á todas
nos va á matar.

LEÓN Callad, callad. (Desde el foro.)

CORO Dínoslo ya. (Alejándose.)
¡Dínoslo ya!
¡¡Dínoslo ya!! (Mutis por foro derecha.)

LEÓN ¡Callad, callad!

CORO (Lejos.) ¡Dínoslo ya!

ESCENA III

LEÓN; TÍO RAMÓN, que vuelve con la espuerta vacía y reanuda su trabajo y CARMELITA, que habrá salido, por la puerta izquierda, con un veladorcito que coloca primer término derecha, y sigue limpiando.

Hablado

LEÓN (En la puerta del foro. Al volverse ve á Carmelita y al tío Ramón.) ¡Alabado y bendito sea el Señor! (En voz más fuerte, al ver que no le contestan.) ¡Pero que bendito y alabado sea el Señor!

RAM. (Sin dejar de trabajar.) ¡Buenos días! ¿Qué hay?

LEÓN Vengo á preguntarle al señor Cura si puede dar ya el primer toque para la de las diez.

RAM. ¡Arriba está!

LEÓN (Canturreando.)

«¡Arribita en el monte Calvario
ramito de flores,
ramito de olor...»

(Mirando el trabajo del tío Ramón.) ¡Vaya un agujero hondo! Se nos va usted á marchar á los antípodas por ahí? ¿Qué va usted á plantar en ese agujero?

RAM. (Con intención.) ¡Un alcornoque!

LEÓN (Canturreando y aproximándose á Carmelita.)

«Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando...»

¡Ay, Carmelita, Carmelita!... ¡Quién tuviera polvo *ad Deum qui letificat y juventutem meam*! ¡Qué bizarría para golpear! ¡qué brazo y... qué *Dominus vobiscum*! Tengo un corazón, *cor*, *cordis*, que late de amor hace tiempo por esa cara de *mater dolorosa, mater veneranda, mater purísima...*

CAR. (Con desabrimiento y haciendo mutis por la puerta izquierda.) ¡¡*Miserere nobis*!! (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS menos CARMELITA

LEÓN (Contemplando á Carmelita en su brusca marcha.) *¿Quosque tandem, Catilina, abutere paciencia nostra?*

RAM. ¡Amén! (Con ironía.) ¡Paece que la chica está cariñosa contigo! ¿Cuándo sus casais?

LEÓN No se burle usted, que aunque ella quisiera... ¡*quis vel quid qüe quod vel quid*!

RAM. ¿Te paece costal de paja?

LEÓN No, señor: pero me parece.. que esa no va á ser para nadie. ¡Por lo menos como Dios manda... y *secuencia santi evangelii secumdum Marcos*!

RAM. (Dejando de trabajar y viniendo al primer término) Ya has echao á paseo esa lengua de escorpión que tenéis tós los que sus vestís por la cabeza.

LEÓN ¡La verdad! ¡Solamente la verdad! ¡*Veritas, veritatis*!

RAM. ¡El día que sus pueda yo hacer andar á tos de coronilla..!

LEÓN ¡Hereje!

RAM. ¿Qué tendrá que decir de la muchacha este murciégalo de sacristía?

LEÓN No soy yo; es todo el pueblo. ¡*Vox populi*! Todo el mundo lo sabe menos usted, por lo visto.

RAM. ¿Y qué es lo que sabe to el mundo?

LEÓN ¡Toma! Que el seminarista y Carmelita se entienden.

RAM. ¿El seminarista? ¿El señorito? ¿Pero no va á ser cura?

LEÓN Sí; pero, mientras tanto, ¡*aprovechabis quibis quobis*! No falta quien haya visto al señorito Nicolás entrar á deshora de la noche en el cuarto de Carmelita.

RAM. (Con asombro.) ¿A deshora de la noche? (Después de una pequeña pausa y con amargura.) (¡¡Hacía bien en llorar la probe!!)

LEÓN Pero es lo que yo les digo á los murmuradores: ¡*Estultus*! ¡necios! ¿sabeis vosotros, acaso, á lo que puede ir el señorito Nicolás á deshora de la noche al cuarto de Carmelita? ¡Son lo más maliciosos...!

RAM. ¡Hipocritón! ¡Apuesto á que has sío tú el que ha divulgao la calunia!

LEÓN No es calumnia, tío Ramón; lo han visto estos ojos que Dios conserve para mi bien y el de la santa madre iglesia parroquial del pueblo.

RAM. (Cogiéndole de un brazo y zarandeándole.) ¿Lo ves cómo has sido tú? ¡Pícaro! ¡Chismoso!

LEÓN ¡Que me hace usted daño!

RAM. ¡Si ningún sacristán pué ser bueno! ¡Las sotanas, los hábites y las tocas! (Sacudiéndole con rudeza.) ¡Por vía de la mano muerta, como ice *El País*!

LEÓN (Quejándose.) ¡Por vida de las manos vivas, que digo yo!

RAM. (Amenazándole.) ¡Si pudiá aplastar á to el clericalismo como te pueo aplastar á tí de un golpe...!

ESCENA V

DICHOS y DON ROBERTO, que aparece por la puerta izquierda, y se queda asombrado al ver la actitud violenta del tio Ramón con el Sacristán

ROBERTO ¿Qué es eso?

LEÓN El señor Ramón, que estaba á punto de resolver la cuestión clerical en España.

RAM. (Disimulando.) Estábamos... jugando.

ROBERTO Cumpliendo cada uno con vuestra obligación, es donde debíais estar.

RAM. (Poniéndose á trabajar.) Sí, señor.

LEÓN ¿Puedo dar el primer toque para la misa de diez?

ROBERTO (Coge una silla y se sienta al lado del veladorcito.) Toca.

LEÓN Con permiso de usted. (Al hacer el mutis se acercá al tío Ramón y le dice con rabia.) Sí, señor: ¡de noche y á deshora! ¡de noche y á deshora! ¡*Aprovechabis quibis quobis*!

RAM. (Amenazándole con el azadón.) ¡Rapa-cirios! (León escapa por foro derecha.)

ROBERTO (Volviéndose á medias al empezar la disputa.) ¿Otra vez?

ESCENA VI

DON ROBERTO, TIO RAMON y DOÑA ROBUSTIANA, que trae en una bandeja un servicio completo de chocolate

ROB. ¿Dónde le sirvo á usted el chocolate?

ROBERTO Aquí mismo. ¿Es del nuevo?

ROB. (Sirviéndole el chocolate en el veladorcito.) Sí, se-

ñor; del que mandaron las madres antes de ayer. ¡Qué manos tienen esas santas mujeres! ¡Dios las bendiga!

RAM. (¡Tía bruja!)

ROBERTO (A Ramón.) ¿Qué tomas tú por la mañana? Ramón...

RAM. La mayoría de los días, na; y los días que repican gordo, pan mojao en aguardiente.

ROB. ¡Jesús! Aguardiente.

ROBERTO ¡Maldito alcohol! Ese, ese es la causa del embrutecimiento del pueblo.

RAM. ¡Qué quié usté, señor Cura! El chocolate y los bizcochos están pa mí á la altura é las estrellas.

ROBERTO (Con la boca llena.) El Señor manda que se padezca hambre y sed, si se quiere hacer méritos para su gracia.

RAM. Sí; pero se conoce que eso nos lo manda sólo á los probes, porque ustés, los curas y los frailes, paecen rollicos de manteca.

ROBERTO (Con la boca llena) ¡Nos alimenta la fe!

ROB. (A don Roberto, señalando al tío Ramón.) ¡Ahí le tiene usted! ¡Sin querer ser hermano de San Antonio!

ROBERTO (Muy serio.) ¿De veras?

RAM. Señor Cura: soy yo muy poca cosa y gano yo muy poco jornal pa ser hermano de un santo.

ROB. ¡Ya ve usted! ¡Dos reales al mes por tener el cielo seguro!

RAM. ¡Pero doña Robustiana! Sesenta años de privaciones, de honraez y de trabajo, ¿no me han asegurao el cielo entoavía?

ROB. Nò basta.

ROBERTO ¡No, no basta!

RAM. Pos miusté; yo dos reales no los pueo dar pa ser hermano de San Antonio. Si quié usté daré un real y me hace usté primo, si no pué ser más por ese dinero.

ROBERTO ¡Pero hombre...!

ESCENA VII

DICHOS y ROQUERO

Este último viene acompañado de su mujer y dos hijos pequeños, todos muy andrajosos. Al pasar por la puerta de la verja, Roquero hace á su familia seña de que continúe el camino; ésta quiere detenerle, y á una nueva indicacion de él, vanse por foro derecha mientras Roquero entra en el jardín y se quita la boína para saludar

ROQ. ¿Se puede?

ROB. (¿Qué traerá aquí este liberalote?)

ROQ. ¿Se puede?

ROBERTO (En tono huraño.) Pasa. Dios te dé buenos días.

ROQ. Sí, señor; Dios me los dé buenos, porque falta me hacen.

ROB (¡Qué cara de renegado! Pero...¿qué cara va á tener un hombre que no va nunca á misa?)

ROEERTO ¿Vienes á decirme algo agradable? ¿Eres bueno ya?

ROQ. ¿Pues cuándo he sido yo malo?

ROB. (Santiguándose) ¡Jesús, María y José! ¡Pues no dice...!

ROQ. ¿He hecho yo daño á alguien? ¿No quiero á mi mujer? ¿No adoro á mis hijos? ¿No soy trabajaor y honrao? ¿No es esto ser bueno?

ROBERTO ¡Volvemos á las andadas! ¡El primer mandamiento es amar á Dios sobre todas las cosas!

ROQ. ¿Y quién le ha dicho á usté que yo no amo á Dios?

ROBERTO Tus ideas, tus hechos y tus predicaciones. Hace veinte años que eres el apóstol del maldito liberalismo en este pueblo.

ROQ. Ese es mi mayor orgullo.

ROB. (¡Condenado!)

ROBERTO Este condenado no tiene salvación posible.

ROQ. Ya lo sé que no tengo salvación; y porque no tengo salvación, el demonio.. ¡ese demonio que ustés dicen que hay...!

ROB. ¡Vaya si lo hay!

RAM. (¡Si lo sabrá ella, que es su prima carnal!)

ROQ. El demonio, repito, hizo que pasaran por mi cabeza dos ideas pa elegir: la de matarme yo con tós los míos y... y la de matarle á usted.

ROBERTO (Asustado.) ¡Sacrílego!

ROB. (Con temor.) (¡Prudencia, señor Cura, que este hombre es capaz de cualquier cosa!)

ROQ. (Con calma afectada.) ¡No se asuste usted! Las dos ideas se me agarraron á la frente con sus veinte uñas: la una llegó á convencerme de que yo debía matarle á usted, porque usté ha sío la causa de mi ruina y de mi desesperación...

ROBERTO ¡¡Yo!!

ROQ. ¡Usted, que ha ido por toas las casas de mis amos diciendo que no me den trabajo ni pan; usted, que me ha sitiao por hambre y ha hecho que mi vida se vuelva más amarga que el agua de ese mar, (Señalándole.) de ese mar que me lo ha proporcionao to, hasta que usté ha intrigao pa que ningún patrón me quiá dar un remo! ¡No ha sío mala cosecha la que usté ha recogío en su labor contra esta pobre familia. Los hombres me alejan de su lao por miedo... (¡Si no hubiera tantos hombres cobardes no podrían ustés hacer esto!) Las mujeres huyen de la mía, porque usté las ha dicho que es la mujer del excomulgao... y hasta las criaturas, ¡hasta las criaturas se apartan corriendo de los hijos de mi alma, como si le apestase su contacto.. por ser hijos míos!... ¡En fin, que yo creo honradamente que tenía motivos sobraos pa matarle á usted!

ROBERTO ¡Desventurado! ¿Sabes lo que dices?

ROQ. ¿No le he dicho á usté que lo he estao pensando toa la mañana?

ROB. (Aparte al tío Ramón.) Ramón: avise usted á la Guardia Civil.

RAM. ¡Me ha dao un calambre y no pueo andar ahora!

ROQ. Después pensé en matar á mi gente y matarme yo. A matarles á ellos no me atrevía,

y matarme yo hubiá sío privarles del único recurso de vida que les queda. ¡Vaya, que también deseché esta idea! Y después de mucho mucho darle á la cabeza, decidí...

ROBERTO ¿Qué has decidido?

ROQ. (Sollozando.) Decidí abandonar este pueblo donde ha estao mi cuna; donde está el sepulcro de mis padres, cubierto con flores del campo que mantiene frescas el llanto de mis ojos. Este pueblo donde han crecío y brotao tos mis afectos y tos mis amores. Alejarme en busca de un sol que aquí no sale más que pa los hipócritas, llevando de la mano á toa la pobre gente que la desgracia ha colocao á mi lao pa sufrir conmigo. ¡Tos camino alante! ¡Camino alante! A ver si encuentro otros hombres que quieran mis brazos sin pedirme el alma; otras mujeres que no se avergüencen de abrazar á la mía, modelo de mártires y de verdaderas santas... y ¡hasta otros niños que besen á mis hijos sin temor á que en sus labios de ángeles se les quede pegao el liberalismo mío.

ROBERTO Yo no me he metido en nada. Ya te aconsejé que tus ideas...

ROQ. (Conteniendo su ira.) ¡Adiós, señor Cura! No sé si tendría paciencia pa escucharle á usté... ¡y no quiero volver á pensar! Quede usté con Dios. (Pausa. Medio mutis. Se aproxima al Cura.) El único hombre rebelde que había en el pueblo, se va... ¡se va por fin! Ya sólo le queda el rebaño de corderos que usté quiere. Pídale usté á Dios que no vuelva yo aquí más, que me quede en el camino... ¡en ese terrible camino que me obliga usté á recorrer, porque si yo vuelvo, y vuelvo vestío de luto por *ella*... ó por alguno de *ellos*... (Desesperado.) adiós, señor Cura! ¡Usté irá á la gloria!... ¡¡Usté irá á la gloria!! (Medio mutis foro.)

RAM. (Abrazando á Roquero.) ¡Maldito sea!

ROQ. ¡Adiós, señor Ramón!

RAM. ¡Hijo mío! ¡Llévate la petaca! ¡No tengo más!

ROQ. (Desprendiéndose del tío Ramón.) ¡Adiós, tío Ramón! (Vase corriendo foro izquierda. Tío Ramón queda en el foro viendo alejarse á Roquero.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos ROQUERO

ROB. ¡Vaya noramala! Desgraciado del pueblo á donde arribe.

ROBERTO Sí, no es flojo el regalo, si llega á un lugar tranquilo y religioso.

RAM. (Desde el foro, viendo marchar á Roquero.) ¡Por allí va el probe desesperao! Conviene fijarse en el camino que lleva, por si tenemos que seguirle muchos... dentro de poco.

ROBERTO (A Robustiana.) Recoge esto. ¡Ya hemos desayunado, gracias á Dios!

ROB. (Recogiendo el servicio.) ¡Gracias á Dios! El Señor no falta nunca á los que le aman y respetan. (Ramón vuelve del foro muy triste, coge la espuerta y vase.)

ESCENA IX

DICHOS y LEON

LEÓN (Cantando.)

De Cádiz al Puerto
un salto pegué,
tan sólo por verte
la punta del pie.
¡Ay, qué pie,
ay, qué pie!..
¡Ay!...

(Al ver á don Roberto, que se ha vuelto á mirarle con ademán severo.) ¡Ay, que estaban ustedes aquí y yo no les había visto!

ROBERTO ¿Qué ocurre?

LEÓN Que ahí está el señor Indalecio con el terno nuevo de semidoble.

ROBERTO ¡Vamos á verlo!

ROB. ¿Es bonito, señor León?

LEÓN *Moaré* negro con unas aguas que nublan la vista; galón dorado ancho de cuatro dedos, y forro de rasete crema que da la hora.

ROBERTO ¡También lo hacen las madres Clarisas!

ROB. ¡Jesús, benditas manos!

LEÓN Para albas y amitos, Rodríguez y compañía; pero para ternos... ¡para ternos los de las madres!

ROBERTO ¡Vamos allá! (Medio mutis.)

LEÓN ¡Qué casulla! ¡Qué estola! ¡Qué manípulo! ¡¡Qué cuerpo!! (Abrazando á hurtadillas á Robustiana.)

ROB. ¡Ay!

ROBERTO (Volviéndose) ¿Cómo?

LEÓN Qué... qué cuerpo hace el alba, bien plegada y ceñida con el santo cíngulo.

ROBERTO ¡Vamos!

(Doña Robustiana da con el codo á León indicándole que hable.)

LEÓN ¡Pero qué lenguas, Dios mío! ¡Qué lenguas hay en el pueblo!

ROB. ¡Qué pronto se ceba la maledicencia en la virtud de una casa!

ROBERTO (Con extrañeza.) ¿Qué es eso?

LEÓN ¿Se lo decimos, doña Robustiana?

ROB. (Hipócrita.) ¡No! ¡Por el Señor! ¡Si el señor Cura lo supiese! (Vuelve á dar con el codo á León para que hable.)

ROBERTO ¿Pero de qué se trata?

LEÓN En fin, mi conciencia no me permite el silencio.

ROB. ¡Sobre todo, la conciencia!

LEÓN Todo el pueblo está escandalizado. En las casas, en las calles y en los corrillos de la plaza no se habla de otra cosa.

ROBERTO ¿Y de quién se habla?

LEÓN ¡Toma! Que ya es público y notorio que Carmelita abre todas las noches la puerta de su cuarto para que entre el señorito Nicolás.

ROBERTO ¡Carmelita! ¡Nicolás! ¡Un inocente muchacho que, guiado por mí, iba camino de la Gloria!...

LEÓN ¡Y se queda en el cuarto de la doméstica!

ROBERTO ¿Pero á ustedes efectivamente les consta que Nicolás y Carmelita?... (Aparace Ramón, el cual reanuda su trabajo y tosc.)

RAM. ¡Ejém! ¡Ejém!

LEÓN (Aparte á don Roberto.) Hay moros en la costa. En la sacristía se lo acabaremos de contar á usted. ¡La cosa es muy grave!

ROB. ¡Muy grave! ¡Esa desventurada está...

LEÓN (Cortando la frase.) De cuatro ó cinco meses á la fecha ha echado un humor que no se le puede resistir.

ROBERTO ¡Cuanto antes! ¡En marcha! Estoy horrorizado. Es preciso tomar una determinación.

ROB. (Muy hipócrita.) ¡Perdónelos usted!

LEÓN (Idem.) ¡Perdónelos usted!

ROBERTO ¿Perdonarlos? ¡Jamás! ¡Venid conmigo! (Mutis foro derecha.)

ROB. ¡Bien sabe Dios que mi intención no ha sido hacer el menor daño á esas pobres criaturas! (Mutis foro derecha.)

LEÓN Ni la mía; mi corazón es todo bondad, todo misericordia. (Al pasar, Ramón le detiene y le enseña el agujero que está cavando.)

RAM. ¿Lo ves? Está más hondo. Pué ser que sirva pa plantar un sacristán.

LEÓN ¡Catecúmeno! (Vase corriendo foro derecha.)

ESCENA X

RAMÓN, solo

Desde la puerta del foro, viendo por donde se van don Roberto, León y doña Robustiana

¡Ya me la figuraba yo! Estando el secreto en poder de estos dos benditos, no podía tardar mucho en saberlo el señor Cura... ¿Qué irán á hablar? ¿Qué pensarán hacer con ella? Es preciso que yo lo sepa; y si es lo que imagino... ¡Por lo menos el sacristán cae; vaya si cae! ¡Por cada golpe de pecho que se dan estos beatos, dan otro golpe en el corazón del prójimo! ¡Pobre Carmelita! (Mutis foro derecha.)

ESCENA XI

CORO DE MARINEROS, dentro, y al ser posible, salgan unas lanchas con algunos del Coro. Después CARMELITA y NICOLAS, que saldrán al terminar el número de música

Música

Voz — Corre, barquilla mía,
que vas al puerto,
donde con ansia esperan
al marinero.
Corre, barquilla, corre,
corre ligera;
calma la angustia pronto
de la que espera.
Coro — ¡Ohé, ohé!
Voz — Daos prisa en remar.
Coro — ¡Ohé, ohé!
Voz — ¡Que no tarde en llegar!
Coro — ¡Ohé, ohé!
Voz — Que el obrero del mar.
Coro — ¡Ohé, ohé!
Voz — Quiere ya descansar.

Hablado

Car. — ¡Mi Nicolás!
Nic. — ¡Carmelita!
Car. — Si te ofendí...
Nic. — ¿Tú ofenderme?
Car. — ¡Como se nublan tus ojos
y se ha plegado tu frente
con esa arruga sombría
que solo en ella aparece
cuando te enojas, ó cuando
vacilas, dudas ó temes!...
Antes de hablar, me querías.
Después de hablar, ¿no me quieres?
Nic. — ¡Sí!
Car. — ¿Sí? ¡Es un *sí* tan frío!
¡Tan frío como la muerte
que me va entrando en el pecho,

Nicolás, con tus desdenes!
Ya sé que no valgo nada
para poder merecerte;
pero lo mismo valía
cuando con frases de mieles
me robabas poco á poco
el alma cobarde y débil
que antes en mi cuerpo había,
y ahora te pertenece.
¡Y después del alma, algo.

NIC. ¡Carmelita!

CAR. Que se pierde
en un segundo, y nos hace
desgraciados para siempre.

NIC. ¡Si yo te quiero como antes!
¡Si yo te quiero!

CAR. Me quieres
ocultándote de todos.
¡Luego es un crimen quererme!
El cariño que es honrado
se hace vil al esconderse.
Yo quiero decirle al mundo
el cariño que me tienes.
Yo quiero ser, debo ser
como todas las mujeres
que pueden tener orgullo
y llevar alta la frente;
no quiero el amor infame
que denigra y envilece.

NIC. ¿Y el señor Cura?

CAR. Eso mismo,
(y quiero que lo recuerdes)
te contesté cierto día,
temiendo que te ofendieses.
¿Sabes lo que me dijiste?
Pues me dijiste: «¿Eso temes?
No hagas caso: yo no tengo
la vocación que se debe
tener para cantar misa.
Y cuando el instante llegue
de hablar, Carmelita mía,
tu cariño me hará fuerte
y sabré decir á todos:
«mi derrotero no es ese

que me habéis impuesto, no:
mi único camino es éste:
amar, casarme, vivir,
haciendo un ser de dos seres »
¿No fué así?

NIC. Sí que lo fué;
pero es que tú no comprendes,
Carmelita.

CAR. Yo comprendo,
tan solo, que me enloquece
pensar en mi situación,
y en que somos dos, ¿me entiendes?
los que aguardamos un nombre
y la honra que se nos debe.

NIC. Lucharé.

CAR. Pero si dura
la lucha, es fácil que llegue
tarde...

NIC. ¿Y si me tiranizan?

CAR. El tirano que más puede
es el tirano que exige
con más justicia.

NIC. ¿Pretendes
que me subleve hasta en contra...?

CAR. ¡Contra todo el que se niegue
á que cumplas como noble
es justo que te subleves!

NIC. Juré ser cura.

CAR. ¡También
me juraste á mí quererme!

NIC. Pierdo mi carrera, pierdo
la estimación que me tienen
y lo pierdo todo.

CAR. ¡Y yo
pierdo mi vida si cedes!
(Con amargura.)
¡Dice que lo pierde todo,
y asegura que me quiere!
¿No te da miedo pensar
siquiera?... ¿Cómo te atreves
á creer que puedes ir
al altar, á que los fieles
te pidan tus bendiciones
y humildes te reverencien,

sin una convicción firme
y una conciencia inocente?
¿Quieres engañar á Dios
como á mí engañarme quieres?

NIC. Hablarías de otro modo
si mis intenciones vieses.
¡Es verdad que soy cobarde!...

CAR. El deber te hará valiente.

NIC. (Abrazándola.)
El deber y tu cariño
que es muy grande: dos deberes.
Batallaré contra todos
si insisten en oponerse.
El alma que me entregaste
vivirá; hay quien la defiende.
Del alma mía, que yo
te dí en cambio, mal no pienses,
que si ha de vivir, su vida
será la que tú le dieres.

CAR. ¡Así te quiero! (Con entusiasmo.)

NIC. Ten calma.
Me voy, por si nos sorprenden.

CAR. ¡Siempre el miedo!

NIC. ¡Siempre, no!
El día en que lo deseche
está cercano.

CAR. ¡Valor
por él y por mí!

NIC. (Abrazándola.) Tendrá
valor, para defenderles,
mi corazón. (No es posible
que lo dudes si le sientes.)
¡A él por lo que le querré;
á tí, por lo que te quiere!
(Vase foro derecha.)

ESCENA XII

CARMELITA, sola

Si los momentos de angustia,
en las regiones celestes,
son las mejores plegarias

y los rezos más fervientes
para obtener el perdón,
segura estoy de que obtiene
mi pecado ¡madre mía!
la absolución que pretende.

ESCENA XIII

DICHA y TÍO RAMÓN, que llega corriendo foro derecha

RAM. ¡Carmelita! ¡Carmelita! (Llamando.)

CAR. ¿Qué quiere usted, señor Ramón?

RAM. Perdona, hija mía. Vengo sin aliento, no sé si por la emoción ó por la carrera que me he dado, ó por las dos cosas juntas. (Pausa.) Lo sé todo.

CAR. ¿Usted?

RAM. Y lo sabe todo...

CAR. (Con ansiedad.) ¿Quién?

RAM. ¿Quién ha de ser? El señor cura.

CAR. (Llorando con desesperación.) ¡Madre mía de mi alma! ¡Ay, Dios mío de mi vida!

RAM. Mira, Carmelita: no es esta ocasión de lágrimas ni de lamentaciones. Camino de la alameda va el señorito Nicolás. Corre á avisarle de lo que pasa. Al fin y al cabo, el señor cura no es más que su preceptor; el señorito tiene su padre y el padre no es muy amigo de beaterías, que digamos. Si él quiere cumplir con su deber, aun tiene fácil remedio la cosa.

CAR. ¡Yo estoy loca de dolor!

RAM. Si tu novio es un hombre honrao...

CAR. Lo es y lo será: no lo dude usted. Un alma como la mía no deposita su cariño en un hombre despreciable. Sería un crimen imaginar tanta maldad en un ser que se adora. Tiene usted razón: si él cumple con su deber, y cumplirá, aun tiene fácil remedio la cosa. ¡Me quiere mucho! ¿A qué decirle á usted más, señor Ramón? ¡Me quiere mucho y con esto basta!

RAM. ¡Ojalá!

CAR. No diga usted «ojalá». Se puede dudar del sol que nos alumbra, de la tierra que nos sostiene, del aire que respiramos... ¡De todo, menos de Nicolás! ¿Ve usted á mi madre... mi madre de mi vida? Pues... no se lo diga usted á nadie... Hasta vergüenza me da el decirlo... pero si me diesen á elegir!... ¡qué sacrilegio! ¡cien veces dudaría de aquella santa antes que dudar de él una sola! ¡Cuando se quiere la primera vez, cuesta mucho dudar la vez primera! ¡Adiós, señor Ramón! (Vase corriendo foro derecha.)

RAM. (Viéndola marchar y triste.) ¡Dios quiera que no sea hoy la primera vez que dudes.

ESCENA XIV

PESCADORAS y MARINEROS que se quedan en el foro, á ambos lados de la puerta, esperando á don Nicolás. A poco DON NICOLAS con uniforme de la marina mercante. RAMÓN permanece en último término izquierda hasta que cese el número

Música

CORO
Que viva muchos años
el bravo capitán
que de un confín al otro
sereno cruza el mar.
(Saludando con sombreros y pañuelos.)
¡Que viva nuestro noble
constante protector!
¡Que viva muchos años!
¡Viva, viva el patrón!

—

D. NIC.
Gracias, muchachos, gracias,
tanta nobleza obliga;
no sé cómo pagaros
saludo tan cordial.
¡Hermosas pescadoras!
¡Valientes marineros!
Ahí va mi mano á todos
en prueba de amistad.

(Los da la mano.)

En vuestros rostros leo
como en abierto libro,
todo el placer sincero
que mi llegada os dió.
¡Hermosas pescadoras!
¡Valientes marineros!
¡Mi mano vale poco;
ahí va mi corazón!

(Les abraza.)

—

CORO — Que viva muchos años
el bravo capitán,
que de un confín al otro
sereno cruza el mar.
¡Que viva nuestro noble
constante protector!
¡Que viva muchos años!
¡Viva, viva el patrón! (Medio mutis.)

—

D. NIC. — ¡Adiós, muchachas!

CORO — ¡Adiós, adiós!

D. NIC. — ¡Adiós, valientes!

CORO — ¡Adiós, adiós!

(El Coro va haciendo mutis poco á poco por foro derecha.)

—

D. NIC. — La brisa de los mares
y de la playa el sol,
pueden curtir los rostros,
pero las almas no.

—

¡Adiós, muchachas!

CORO — ¡Adiós, adiós!

D. NIC. — ¡Adiós, valientes!

CORO — ¡Adiós, adiós!

D. NIC. — Estos son hombres
de corazón;
estos me gustan;
¡adiós, adiós!

ESCENA XV

DON NICOLAS y TIO RAMON

Hablado

RAM. ¿No ha quedao un apretón de manos pa este pobre viejo, mi capitán?

D. NIC. ¡Ramón! (Abrazándole.) ¡Viejo mío! Para tí no hay manos; para tí hay un pecho que latirá muy á gusto junto á esta armazón de huesos que huele á ruina.

RAM. ¡Mi capitán!

D. NIC. (Muy jovial.) Ya estoy aquí, hombre, ya estoy aquí. Tampoco esta vez me han querido los tiburones. Debo tener la carne más dura que la quilla de mi barco, porque, al parecer, no les gusto.

RAM. ¡Hacía usted mucha falta en tierra, mi capitán!

D. NIC. ¿Que yo hago falta en tierra? Un marino en tierra firme es como un tenedor para tomar una taza de caldo.

RAM. ¡Cuando yo le digo á usted que hacía mucha falta aquí!...

D. NIC. ¡Con qué tono lo dices! (Ramón se limpia los ojos con la manga de la camisa.) ¿Qué es eso, Ramón? ¿Lágrimas en tus ojos? ¿Te crees que no estoy harto de agua después de cruzar tres mares?

RAM. (Emocionado.) ¡Mi capitán!

D. NIC. Y ahora que reparo. Las voces de mis muchachos han debido ser la trompeta de mi llegada. ¿Cómo es que don Roberto no baja á saludarme? ¿Cómo es, sobre todo, que mi hijo no está ya en mis brazos?

RAM. No se alarme usté. Tóos están buenos... ¡vamos! que tóos están buenos... de salú.

D. NIC. No te entiendo. ¿Nicolasito?...

RAM. (Con misterio.) El señorito Nicolás ya sabe usté que va á ser cura.

D. NIC. Yo le hubiese preferido marino como yo,

porque te consta que mis ideas... ¡En fin, tendremos una sotana en la familia!

RAM. ¡Es que el señorito ya no debe ser cura; no puede ser cura, si ha de seguir honrao y bueno como su padre!

D. NIC. ¡Tío Ramón!

RAM. ¡Mi capitán! ¡Hay faldas de por medio!

D. NIC. (Alegre.) ¡Recañones! tío Ramón.. ¡Eso me gusta!

RAM. No lo eche usté á broma, que la cosa es grave, sobre tó pa una pobre chica que acaba de salir de aqui llorando... y que se pué quedar llorando toda la vida, si la cosa no se arregla como debe arreglarse.

D. NIC. ¡Conque el futuro presbítero!...

RAM. Sí, señor: yo no tenía esperanza sin usted, pero con usté tengo seguridades de que la probe Carmelita quedará digna de mirar al mundo cara á cara.

D. NIC. ¿Carmelita? ¿La criada? ¡No ha picado muy alto el futuro arzobispo! Pero es claro: el fuego prende en la yesca que tiene más próxima.

RAM. Ahora mismo están conspirando contra ella.

D. NIC. ¡Demonio! ¿Conque hay conspiradores? Y, ¿dónde se trama ese complot?

RAM. En la iglesia.

D. NIC. No es el sitio más apropósito para fraguar un daño. (Serio.) Y dime, Ramón, háblame como se debe hablar cuando del honor de una familia honrada se trata: ella ¿es digna?

RAM. Un alma de Dios, mi capitán. Bonita, inteligente y buena. ¡Yo la llamo «hija mía», con que ya ve usted!

D. NIC. ¡Caramba, caramba! Y siendo tan buena, ¿se ha dejado engañar?

RAM. ¡Los pájaros picardeaos no entran en la red; el pez amaestrao no pica el anzuelo! ¡De pececillos incautos viven los pescaores; de pájaros sin malicia llenan los cazaores sus jaulas!

D. NIC. ¡Buen abogado eres, vejestorio!

RAM. La he visto nacer; la he visto crecer... ¡y la he sentío caer!... ¡no he de quererla!

D. NIC. Y el señor cura, ¿qué dice?

RAM. El señor cura tiene el empeño de hacer del señorito un religioso. Con tal de que haya un cura más, le importa muy poco el corazón y la honra de esa infeliz. ¡Tós están contra ella! Desde que resbaló no se han tendío otras manos pa levantarla que estas manos endurecías por el trabajo y arrugás por los años... Pero, mi capitán, ¡tienen ya tan poca fuerza estas manos pa levantar á nadie!

D. NIC. Y dices...

RAM. Ya vienen tós, señor, (Asomándose al foro.) ya vienen. ¡Han debío encontrarlos! (Pausa.) ¡Qué cara trae! ¡Paece un reo camino del patíbulo! ¡Cómo han debío martirizarla esos grandísimos pillos!

D. NIC. ¡Ramón!

RAM. ¡Ahora los llamo pillos na más! ¡Luego ya veremos!

ESCENA XVI

DICHOS. DON ROBERTO y NICOLASITO, que llegan presurosos para abrazar á DON NICOLAS. DOÑA ROBUSTIANA y LEON, que quedan en segundo término, y CARMELITA, que estará en último término izquierda llorando

ROBERTO ¡Don Nicolás! ¿Dónde está don Nicolás? (Abrazándole.) Amigo don Nicolás.

D. NIC. Señor cura. (Le abraza.)

NIC. ¡Padre de mi vida! ¡Padre mío!

D. NIC. ¡Muchacho!

ROB. ¡Si viese usted lo que he rezado para que volviese usted sano y salvo! Gracias á eso, regresa usted bien. (Vase á por la ropa de Carmelita.)

D. NIC. Sí; gracias á eso... y á que hemos tenido un tiempo inmejorable... (A Nicolasito.) ¿Qué tienes? Yo te dejé más alegre, chiquillo. ¿No te sienta bien el latín?

NIC. No tengo nada. (Triste.)

D. NIC. ¿De veras?

NIC. De veras; no tengo nada.

D. NIC. También me parece que te dejé menos embustero. (Viendo á Carmelita.) ¡Hola! ¿Tú también aquí? ¡Qué guapa te has puesto en estos dos años! ¿Qué? ¿Te da vergüenza abrazarme? ¿No quieres abrazarme?

CAR. (Corriendo á abrazarle.) ¡Sí, señor; sí que quiero!

ROBERTO (Interponiéndose, ella llora.) ¡¡No!!

D. NIC. ¡Cómo!

ROBERTO (Muy solemne.) No me pida usted explicaciones, don Nicolás. No hace falta que usted la abrace. No debe usted abrazarla.

D. NIC. (Señalando á Carmelita.) ¡Está llorando!

ROBERTO ¡Mucho tiene que llorar si quiere que Dios la perdone!

D. NIC. ¡No entiendo!

LEÓN ¡*Pulvis est, et in púlvere reverteris*!

D. NIC. (Enfadado.) ¡Arre allá!

RAM. (¡Qué diferencia de su padre!) (Por Nicolasito.)

CAR. (¡Y él calla! ¡Adiós, esperanzas mías!)

ROB. (Sale con un lío de ropa y se la entrega á Carmelita muy huraña.) Aquí tiene usté su ropa. ¡Vea si está completa!

CAR. ¡Para qué!... (Sollozando.) ¡Para morir me basta con lo puesto!

ROBERTO ¡Y largo! ¡Fuera de esta casa!

NIC. (Suplicando débilmente.) ¡Don Roberto!

ROBERTO (Con dureza.) ¡Silencio! (A Carmelita.) ¡Largo de aquí!

CAR. ¡Y á dónde! (Muy triste.)

ROBERTO ¡A sufrir, para redimirse!... ¡A padecer para regenerarse!

CAR. ¡Padecer! ¡Sufrir! ¡¡Y con quién!! (Pausa general.)

RAM. (Abrazando á Carmelita.) ¿Con quién? ¡Conmigo! Ya que el que debía hacerlo no tiene valor para seguir á su víctima.

D. NIC. ¡Tío Ramón!

RAM. Perdón, mi capitán. Vámonos, hija mía; vámonos de esta casa. A mi lao tendrás poco pan, el poco que yo gane, pero no te faltará ni indulgencia que te consuele, ni cariño que te abrigue, ni brazo que te defienda. (A Nicolasito.) También usté irá á la gloria,

señorito; también usté irá á la gloria. (A Carmelita.) ¡Vámonos, hija!

(Van alejándose poco á poco por fuera de la verja; esto queda encomendado al director.)

D. NIC. Pero esto necesita una explicación. (A su hijo.) ¡A ver, habla tú!

ROBERTO No, ahora no. Después, más tranquilo. (Mucha calma.) Nicolasito: sobre tu mesa tienes la filosofía de Santo Tomás. Las doctrinas del sabio doctor fijarán tus ideas. Es preciso que recibas tus primeras órdenes antes de fin de mes.

CAR. (Desde el foro con acento desgarrador.) ¡Adiós, adiós para siempre!

NIC. (A su padre.) ¡Se va!

D. NIC. ¡Se va! ¡Se va y siendo tú hijo mío! ¡Mil rayos! ¿ves que se va... y tú te quedas?

NIC. (Con alegría.) ¡Padre!

ROBERTO Don Nicolás, la iglesia le espera; su vocación le llama.

D. NIC. (Muy entonado.) ¡También aquella le llama! ¡También aquella le espera! Que elija.

NIC. (A su padre, loco de alegría.) ¿Que elija? ¿Me dice usté que elija? (Corriendo al foro.) ¡¡Carmelita!! (Llamando.)

ROBERTO (Interponiéndose y cogiéndole de un brazo.) ¡Sacrílego! ¡Mal cristiano! ¿Es posible que los irreflexivos consejos de una pasión impía turben tu cerebro hasta el extremo de querer abjurar de la santa vocación que libremente habías escogido? ¡Inmediatamente! ¡Vete á la iglesia, y allí, contrito y de rodillas, pídele á Dios perdón de tus culpas y renuévale la promesa, que ya le habías hecho, de ser suyo, únicamente suyo!

NIC. (Muy triste.) Pero, señor... ¡Carmelita!...

ROBERTO ¡Silencio!

D. NIC. ¿Cómo se entiende? (A su hijo.) Sí, señor. ¡Tiene usted que ir á la iglesia! ¡Tiene usted que hincarse de rodillas delante del altar mayor, pero ha de ser para devolver á esa pobre que llora la honra que usted le ha quitado: para dar vida á un ser que muere y para dar nombre á un ser que nace!

NIC. (Con alegría.) ¡Sí, padre mío!

ROBERTO No lo consentiré; soy el padre de su alma.

D. NIC. ¡¡Y yo soy el padre de su alma... y de su cuerpo!!

ROBERTO (Cogiendo del brazo a Nicolasito.) Pues bien; ven aquí. Entre padre y padre, ¡elije!

D. NIC. ¿Elejir? ¿Puede haber elección entre los dos? ¡Si dudase un segundo, sólo un segundo, se lo entregaba á usted por indigno de mí!

ROBERTO (Por Carmelita.) ¡Reniega de esa mujer!

D. NIC. (En el mismo tono.) ¡Abraza á esa mujer! ¡Yo te lo mando!

(Brevísimo momento de vacilación en Nicolasito, y en seguida corre hacia Carmelita y la abraza.)

NIC. ¡¡Carmelita!!

CAR. ¡¡Por fin!!

ROBERTO (Queriendo impedir.) ¡Oh! ¡Yo sabré impedir!...

D. NIC. (Deteniéndole violento.) ¡¡Quieto!!

ROBERTO (Retrocediendo.) ¡Se atreve usted...!

D. NIC. (Muy exaltado.) ¡A todo, si pretende usted, siquiera, hacer de un hijo mío un mal hombre y un mal caballero! (Transición. A Carmelita y Nicolasito.) ¡Aquí! ¡Abrazarme á mí también!

CAR.
NIC. } ¡¡Padre!! (Corren á él y le abrazan.)

RAM. ¡También se llora de alegría!

(Formarán el cuadro éste el tío Ramón primer término izquierda, en el centro, abrazados, don Nicolás, Nicolasito y Carmelita, primer término derecha don Roberto, y detrás de éste doña Robustiana y León; cuídese mucho de este cuadro)

D. NIC. (A Carmelita y Nicolasito, muy entonado.) ¡De buena tormenta os habéis librado! ¡Gracias al piloto, que llegó á tiempo, empuñó el timón, y al fin pudo salvaros de LA OLA NEGRA!

(Música.—Telón rápido.)

FIN DE LA ZARZUELA

Precio: UNA peseta